

Camilo y hasta Solon se cambian en tipos simbólicos, en alegorías de un período social. No debe tampoco degenerar la duda en escepticismo; no basta que un hecho sea antiguo para negarlo, como no se niega la existencia de la estrella Sirio porque brille remota, pues que muchas aserciones de la antigüedad, poco há objeto de mofa, han sido confirmadas y aclaradas por la ciencia con sus progresos. Sin tradición no hay historia, ni educación del género humano, y es preciso aceptarla aunque á veces falte la evidencia matemática, pretendida por Volney, porque aun cuando refiera lo falso, lo modela sobre la naturaleza del hombre y de los tiempos, sacando de los hechos útiles resultados y lecciones para evitar ó inquirir las causas que los produjeron, porque el punto fundamental de la Historia consiste en hacernos conocer lo que nos ha conducido al presente estado social.

Y así como el astrónomo para seguir á los planetas en su fúlgida curva no aguarda á descubrir qué cosa sean materia, espacio y movimiento, ni el físico descansa en sus investigaciones porque una sola palabra, como *gravitación*, *electro-magnetismo*, pueda hacer antiguos sus efectos, así el historiador no debe desistir de su empresa porque este unánime ardor de investigaciones prometa inminentes descubrimientos. Es tan profundo como desconsolador el dicho de Goethe, que *para saber alguna cosa, sería preciso saberlas todas*; pero sin dejarse llevar del deseo de una perfección absoluta, debe aprovecharse el historiador de las invenciones más recientes; y gozando al pensar cuánto sabrán sus descendientes, hacer que los escritores futuros puedan tomar sus obras como punto de partida, como testimonio del grado á que la ciencia había llegado en su tiempo.

Pero si quisiese juzgar á los contemporáneos de Licurgo y de Barbarroja con las ideas de nuestra época, sin hacer traición á los sucesos, se la haría á la historia. Convendrá, sí, que tenga las generosas simpatías de nuestro tiempo, y que secunde su noble impulso hacia cuanto favorece la inteligencia y la popularidad; pero cuando considere que cada pueblo, obedeciendo al impulso de la necesidad ó de la curiosidad, sirve al universal progreso del saber y de la civilización, encontrará medios de hacer contemporáneos nuestros á los más antiguos, de impedir que lo frívolo y lo superfluo usurpen su lugar á lo esencial, y sabrá conservar á los acontecimientos narrados el interés que tenían cuando se verificaban.

Debe haber estudiado además su época, no solo en los círculos y en las escuelas, perennes fuentes de inhumanas preocupaciones; no solo en los periódicos y en el diluvio de folletos que destruyen todas las opiniones, sin tener ninguna, sino en sí mismo y en los hombres más sencillos y naturales: no debe haber observado los hechos antiguos y contemporáneos solo cuando se manifestaron estrepitosamente en las revoluciones, sino que debe haber visto cómo

se preparan estas en las plazas, en las iglesias, en los talleres y en el hogar doméstico. ¿A qué las descripciones de batallas, sospechosas é incompletas para los guerreros, inútiles para los demás? Las prolifas discusiones para averiguar una fecha, un sitio, aquella laboriosa erudición que cree saberlo todo cuando todo lo ha leído, y que se dispensa de los propios pensamientos adornándose con los de otros, no sientan bien al historiador que aspira á vivir más en los corazones que en las bibliotecas, y que alzado el edificio, cree deber suyo quitar los andamios erigidos sin atractivo y sin gloria, á fin de que aparezca la belleza, no el gran trabajo que costó.

De la misma manera debe unir la historia estadística, moderna colección de cuanto puede reducirse á leyes de proporción matemática, con la historia política que examina el influjo de una nación sobre otra, de un individuo sobre todos, de un siglo sobre los siguientes, y finalmente, con la historia filosófica que considera al género humano sometido á una ley, en cuyas relaciones más ó menos directas se desenvuelven los acontecimientos; porque parecería absurdo el curso de los ríos á quien no conociese el Océano adonde desembocan.

Ahora bien, no habrá quien crea que basta á la Historia la verdad (1), sin la moral ni la belleza. Los grandes historiadores son escritores de primer orden, y aquellos alemanes que, acumulando tanta ciencia, quisieran acreditar el desprecio de la forma, muestran no conocer que esta es inseparable del fondo y parte integrante del pensamiento. La ingenuidad hace preciosas algunas relaciones de contemporáneos, destituidas de todo mérito literario, por parecer aquella el acento del testimonio verídico; pero en el historiador la rudeza, la oscuridad, la desaliñada expresión son síntomas de confusas ideas y de inexactas investigaciones, así como la claridad prueba ideas precisas y explicaciones justas; y la belleza del estilo, movimiento de ideas, y sensaciones, impreso á las palabras y comunicado á la imaginación de quien lo entiende, supone una armonía de conceptos profundos, de vivas imágenes, de poderosos afectos. Convendría, pues, no perder la franqueza de la expresión por empeño de manifestarse erudito; asociar la ingenuidad de las crónicas á la tranquila narración de los fatalistas y á la dramática exposición de los clásicos; abrazar el conjunto sin descuidar los pormenores; no separar la relación de los hechos de la poesía de las costumbres y del pensamiento; obtener la regularidad, pero dejar también alas á la imaginación; agrupar los accidentes sin confundirlos; unir el variado espectáculo de la vida con el profundo interés metafísico que nos ofrecen las sucesivas revoluciones del espíritu humano, y entre la aridez que se oculta bajo las rotundidad del período y la vanidad que se disfraza con antítesis

(1) *Historia, quoquo modo scripta, delectat.* PLIN., cap. 8, l. v.

y falsa concisión, fundir en uno la majestad de Livio y de Guicciardini, la sencillez de Villani, la crítica de Niebuhr, la sutileza de Maquiavelo, la inmortal rapidez de Tácito; tomar, en fin, de Schiller lo apasionado sin sus declamaciones, la doctrina de Muratori sin su trivialidad, la variedad de Müller sin sus divagaciones, el análisis de Guizot sin su aridez.

Quisiera yo, pues, en el historiador, erudición para ver, exactitud para averiguar, discernimiento para escoger, método para ordenar, imaginación para describir, justicia para fallar, vista segura para no deslumbrarse por la prosperidad, profundo sentimiento de la verdad, de modo que aun engañándose, aparezca su error como procedente del entendimiento, no del corazón; valor para sacrificar el amor propio y el deseo de adquirir fama y de presentar novedades por medios extraños, y aquella sencillez de estilo que es prenda de sinceridad, y que sin embargo no se separa del triple efecto del arte, ilustrar, pintar, conmover. Lo quisiera prudente, no frío; constante en las indagaciones y en la exposición, sin mostrar ni impaciencia en el curso de su narración, ni la ligereza que hace emprender inconsideradamente un gran trabajo, seguirlo con negligencia y terminarlo con disgusto. Quisiera que tratase, no tanto de hacer que se lea, como de hacer que se piense; de mostrar menos conocimientos que juicio; de hacer un libro por el cual fuese querido el autor, y que no se soltase de la mano sin haber concebido una idea más clara y sublime de la misión del hombre sobre la tierra, sin creer profundamente en el reinado de la justicia, y sin sentirse más capaz de una acción buena ó generosa.

No se dedique, por tanto, á escribir la Historia quien no haya sentido aumentarse los latidos del corazón ante un hecho grande; quien no haya compadecido la maltratada virtud, y experimentado aquella indignación contra el mal, sin la cual no hay amor al bien; quien haya escarneado leales intenciones, ó hablado ligeramente de lo que es más sagrado al hombre, la familia, la patria, las creencias. Debe el historiador desprenderse cuanto sea posible de su individualidad, y no exponer sus propios sentimientos, alegrías ó tristezas, sino hablar del género humano con universal caridad exenta de exageración; gozarse en los triunfos de la causa más justa, pero con sencilla dignidad; padecer con los virtuosos, pero tranquilamente; no pensar en hacer una sátira ni un panegírico; investigar benévola y sinceramente, no escudriñar los errores de un pueblo para deprimir su genio, ni negarlos, deslumbrado por su grandeza. Si un hombre creyendo en el bien y la generosidad, recto de corazón, y digno de hablar de los derechos porque cumple con los deberes, emprende la tarea de meditar y narrar la Historia, los accidentes muertos se le reanimarán con un espíritu moral, y descubrirá que cuanto sucede propende á la virtud, fin

del universo, aun cuando no siempre visiblemente.

Esta era la idea que de los deberes de un historiador tenía yo antes, cuando me preparaba á guiar á la juventud de mi patria al través de los siglos, para considerar el camino recorrido por la humanidad. He expuesto ya arriba una rápida muestra de mi obra. Parecerá á algunos que habría debido dividirla por pueblos, como se acostumbra en historias universales de más extensión; pero además de que el método cronológico evita repeticiones á que el otro está perpetuamente condenado, para quien considera toda la humanidad unida, son importantísimos en el conjunto muchos hechos que se escapan al estudio aislado de momentos particulares. Por otro lado, de vez en cuando algunos grandes acontecimientos, algunas ideas generales dominan á todo su tiempo, de suerte que gran parte de las naciones se hallan aliadas ó enemigas, del mismo modo que al romperse la cuerda de un arpa se estremecen todas las que pertenecen al mismo acorde. Permítaseme callar las otras muchas razones que me han hecho preferir el método cronológico, persuadido como debe estar el lector de que quien observa un trabajo á la ligera no puede saberlo juzgar tan á fondo como quien lo ha meditado años enteros con perseverancia. Siendo un hecho que la mente humana ha menester reposo, he dividido mi obra en períodos, y principalmente en lo relativo á la antigüedad, les he dado mayor extensión que ningún otro historiador. He querido acumular las ventajas del sistema cronológico y del etnográfico, habiendo podido comprender toda la vida de alguna nación en los límites de una época sola. No obstante, fiel al método, pero no esclavo, no me he impuesto esos límites hasta el punto de suspender la historia de todos los Estados en el año que señaló la revolución de uno solo; he retardado el discurrir acerca de algunos hasta el momento en que aparecen cooperadores de la comun civilización, y he anticipado los tiempos para exponer su agonía y su muerte. Tan lejos está de mí el deseo de atenerme al método grosero de los cronologistas, que en las narraciones no determinan el pasado ó el porvenir sino por el orden de los sucesos, cuando no puede exponerse el conjunto de los hechos históricos sino refiriendo á menudo lo acontecido después del porvenir que le da sentido é importancia. Así, pues, he procurado incluir en la relación el mayor número de particularidades que me ha sido posible respecto á la vida intelectual y moral de un pueblo; para las que requieren un razonamiento á propósito y consideración especial y unida, he reservado lugar distinto, y me juzgo con libertad para no aducir una por una las razones de esta variación. Mi objeto ha sido dar unidad á las ideas: si he faltado á él, condénese.

He examinado, discutiéndolas, las fuentes á donde he acudido; pero he prescindido del fas-

tioso vicio de llenar la mitad de las páginas con citas. Las mías se refieren lo mas frecuentemente á los hechos ó al órden general; me confieso deudor de las reflexiones que pudiera haber tomado de uno ú otro; pero habiendo creído deber mio aprovecharme de lo que han dicho cuantos me precedieron, paréceme haber adquirido dominio sobre lo que he sabido asimilar á mi objeto.

Y precisamente he tomado sobre mí la enorme tarea de narrar así y solo tanta variedad de hechos, porque estoy persuadido de que si mi historia es inferior á otras en alguna de sus partes, tendrá la ventaja de ser observada toda bajo el mismo aspecto, y de conservar aquella unidad de color y de intencion que falta á otras muchas.

He procurado que los Italianos pudiesen conocer desde luego las intenciones que acabo de manifestar, deduciéndolas anticipadamente de los escritos que hasta ahora llevo publicados, los cuales, si han dejado mucho que desear bajo el aspecto de lo bello, tengo el consuelo de creer que no han sido indignos del objeto, ni falsos ó vacilantes en los medios. Es preciosa aquella gloria que se tributa á la rectitud de nuestras intenciones, y el que ya se ha conquistado una opinion entre sus conciudadanos, tiene buen cuidado de no desmentirla, y de no preparar á sus ancianos dias el oprobio reservado á quien hace traicion á su propio sentimiento, desviándose del sendero trazado con racional conviccion. ¡ Así pueda yo repetir sin vergüenza estas palabras, cuando al fin de la obra resumamos la nueva experiencia obtenida en el viaje, al que nos preparamos con amor, constancia, fe, persuasion y virtud!

Oigo lamentarse generalmente de que los Italianos dejan arruinar la lengua y la literatura nacional, aplicándolas nada mas que á fines frívolos ó inútiles, á miserables disputas, á cuestiones reducidas, á imitaciones del extranjero; exacerbando con la iracunda sátira ó la desvergonzada elegía los males sociales; acariciando mas frecuentemente con corruptoras puerilidades el público letargo, si ya no se conjuran con las pasiones y la fuerza, para reanimar las inextinguibles chispas de la discordia. El deseo de desmentir esta acusacion, y con el ejemplo animar á otros escritores á fin de que disminuyan sus motivos, me ha servido de no pequeño impulso para consagrar el ingenio, las fatigas y la vida á una obra tan grandiosa como hace mucho tiempo no ha visto la Italia.

¿ Ha sido valor ó temeridad? el éxito lo dirá. Lo que sí puedo afirmar es que no he omitido cuidado á fin de que reuna mi obra lo verdadero á lo bello y lo bueno. Con la erudicion he procurado colocarme al nivel de las conquistas que cada dia va haciendo la inteligencia; no me ha ofuscado el odio ni el amor, ni he sido tan candoroso que haya manifestado á todo una imbécil admiracion, ni tan infeliz que mirase todas las cosas con el ánimo desilusionado

y afligido, no he vagado tampoco tras de las inexpertas ilusiones de la edad primera, sin que por eso haya consumido sus generosos ardores. Amante de mi patria sin despreciar á las demas; admirador de lo pasado sin echarlo de ménos; observador de lo presente sin disimular sus males y considerando con generosa confianza el porvenir; no llamando aprobacion á la paciencia de la servidumbre, ni experiencia á la duracion del mal, estoy sin embargo persuadido de que hay abusos y preocupaciones que importa conservar, á la manera de los desiertos ó las selvas que protegen la independencia de cualquier pueblo.

Respeto las ajenas opiniones sin renunciar á las mías. Sintiéndome seguro al decir la verdad y no despreciando la oposicion legal, aspiro á algo mas que al aplauso del momento; he pedido ayuda, consejo ó inspiracion; he meditado sobre mí mismo y sobre los hombres en la indispensable palestra de la sociedad y de los viajes, y en la laboriosa meditacion de la soledad y de la desventura; he experimentado esa procelosa alternativa de embriagadoras satisfacciones y desconsolador desaliento que, en una gran empresa, ponen á inefable prueba la firmeza de la voluntad, y que tanto la reaniman cuando resulta triunfante. Pero es vasto el campo, y tanto que no puede el hombre recorrerlo todo con igual vigor. Sed indulgentes, lectores, cuando sucumba mi debilidad, y lo seréis mas fácilmente si sé hacerme amigos entre vosotros, y persuadiros de que puedo engañarme en las razones de mis juicios, mas no en el sentimiento que me los dicta.

El historiador es un testigo que declara la verdad de los sucesos con vigorosa imparcialidad y con la buena fe que caracteriza al hombre de honor; pero al mismo tiempo es juez, que tiene opiniones propias sobre aquellos hechos, los aprueba ó condena, provoca con las suyas las reflexiones del lector, y lo encamina á esa instruccion moral y social que debe deducirse de cada página de su libro. En este segundo oficio puede engañarse y ser reprobado; pero le servirá siempre de excusa la buena fe que empleó en la libre manifestacion de sus juicios, y el haber distinguido la enunciacion de los acontecimientos positivos de las conjeturas que anticipadamente hizo relativas á ellos.

Sé que el orgullo se irrita contra el que quiere destruir una opinion arraigada y cómoda, y que los intereses juzgan parcial á quien con ellos choca; pero apelaré á los ingenuos y desapasionados, y haré que aun aquel que de mí opinion disienta, confiese que busqué la verdad de buena fe. Por lo demas, he aducido las pruebas de mis asertos, y en caso de haber sido inexacto, el contraste entre ellos y los documentos harán palpable mi inexactitud.

Es austero el deber del historiador, y exige que imponga la calma á su corazon, fuera de que la palabra es mas persuasiva cuanto mas

moderada. Pero yo no aspiro á esa impasibilidad, misera hija de la indolencia ó del miedo, que hace á los individuos indiferentes á la virtud y al delito, á las obras de Dios y á las de los hombres. Como ciudadano creo que puedo exponer los pensamientos de que estoy íntimamente persuadido, y tener el derecho de que sean respetados. Como Italiano que me siento, no creo que deba demandar perdon si la Europa, si especialmente la Italia, me detienen para hablar de ellas con mas calor y complacencia. Como cristiano, someto mis opiniones á quien tiene de lo alto el derecho de juzgar las conciencias. Creo que el amor debe inspirar, así las acciones como el saber, pero que no excluye una opinion firme y con franqueza manifestada, antes debe desdeñar los débiles juicios, en los cuales con demasiada frecuencia se ahogan la benevolencia y las convicciones, y que por lo mismo son tan estimados.

¡ Ojalá pudiera yo reservar para mí todo el tedio y los mortales sinsabores, y no trasmitir á mis lectores sino la alegría y el vigor, y aquellas impresiones que muchas veces me hicieron bendecir á los hombres generosos, que con el trabajo y la meditacion manifiestan la sublimidad de nuestro origen! ¡ Ojalá pudiese infundir sentimientos de tolerancia, de compasion y afecto hácia esta gran familia, mas débil que malvada, mas extraviada de entendimiento que corrompida de corazon, de cuyos errores la Providencia saca razones de salud y verdad, cuyas impurezas son grandemente rescatadas por las tranquilas virtudes que forman el bienestar doméstico, y por los hechos generosos que merecen la admiracion de los contemporáneos y la gratitud de la posteridad!

Y porque me dirijo no tanto á los hombres formados que creen saber, cuanto á la juventud, que no participando todavía de las preocupaciones que extravían á las almas mas rectas, á la razon mas firme, busca algo que creer, amar

y saber, para completar la obra que divisa en lo futuro; á vosotros principalmente, oh jóvenes, desearia hacer ménos acerbos los dolores, ménos inesperados los desengaños, ménos graves los extravíos de la imaginacion inconsiderada y del imprudente afecto. Quisiera, mostrándoos unidos á todas las generaciones, inspiraros aquel desinterés que hace posponer al bien de la nacion y de la humanidad el particular provecho; quisiera demostraros que cuanto mas ilustrado es el hombre, ménos impetuosamente manifiesta su personal sentimiento, ménos violentas son sus pasiones, ménos bajas y momentáneas las miras del interés; quisiera alejar de vosotros el miedo desconsolador á una insuperable fatalidad, mostrándoos los progresos morales y civiles de la sociedad y el deber de esperarlos del tiempo; quisiera, en fin, evitar que creyeseis que la fuerza y la temeridad deciden todas las cosas, y haceros deducir por el contrario, de los males producidos por la inercia y la debilidad, la necesidad de robustecer la voluntad y el entendimiento.

Surja, pues, tan poderoso y vivo en vuestros ánimos el sentimiento de la dignidad humana y de la santidad de la vida social, que en vez de consumiros en desconsolado tedio ó en temerarias esperanzas, ó en odios impotentes é inicuos, podáis llegar á sentir fuertemente vuestra razon, referir todo acto al bien general, y dirigiros á fines determinados y justos, con dignidad unánime y generosa.

No creo que la Historia pueda proponerse mas digno objeto que el de infundir laborioso afecto en los débiles, decorosa y razonada sumision hácia la autoridad, amor al órden social, veneracion á la Providencia, consolidando la idea moral que hace al hombre sentirse con un destino social, y lo obliga á concurrir con amor, inteligencia y trabajo al mejoramiento de sus hermanos y al progreso de toda la humanidad.